

**IVÁN
LEDESMA**



184



**DOLMEN
EDITORIAL**

A Juana, no hay día que no piense en ti.

— ALGUIEN —

¿Alguna vez has olido un cadáver de cerca? Uno que lleve unas cuantas horas en descomposición. Cuando ya ha adquirido el tono verdoso del musgo, de esa flora acuosa y resbaladiza que nace bajo la piel cuando la carne comienza a pudrirse.

¿No? Yo sí. Ese hedor fue lo que me despertó. Eso y que alguien me quitó algo de encima bruscamente, y me golpeó la cabeza al hacerlo. Pero fue sobre todo la peste. No puedes ignorar un tufo como ese mucho rato. Ni siquiera estando inconsciente.

Si mantienes un cadáver en un sitio fresco y ventilado, puedes evitar que la putrefacción y los gases se adueñen de todo.

Pero si hace calor, si no hay ventanas... ¡Oh, amigo! Ahí la cosa cambia; el olor que emana de un cuerpo muerto puede meterse en tu nariz y acompañarte para siempre. Da igual lo mucho que te duches, da igual la colonia que uses, da igual todo...

Esa peste que te recuerda a comida podrida y amoníaco te acompaña en la memoria, dispuesto a saltar a tus fosas nasales a la mínima. Y te garantizo que muchas cosas van a recordártelo. Toda tu vida. Por muy larga que sea.

Estaba atrapado dentro de una especie de saco de plástico blanco y translúcido. Traté de romperlo, pero era muy resistente. Una sensación de agobio se abrió paso desde mi pecho, ahogándome. Comencé a palpar desesperadamente en busca de alguna abertura y encontré una cremallera; la seguí en busca del tirador. Y cuando ya estaba a punto de ponerme a gritar, lo encontré. Tiré de él y abrí la bolsa con violencia, en medio de un ataque de claustrofobia. Esperaba encontrar un poco de aire; estaba empapado en sudor y en un líquido pegajoso y

repugnante que me impregnaba los brazos. Pero allí fuera, el olor era mucho más intenso. Miré a mi alrededor.

Me había despertado dentro de una bolsa de cadáveres.

Pero no estaba muerto.

El olor, el calor sofocante, el sudor corriéndome por la cara, mi corazón bombeando dolorosamente: esas cosas no le pasan a los muertos.

Aparte del sudario que contenía otro muerto que me habían quitado de encima (que había goteado su descomposición por toda la bolsa, filtrándose a la mía y apestandome), alrededor había media docena de cadáveres en sus correspondientes bolsas, apilados en tres camillas. Yo era el único ocupante de la cuarta.

Parecía estar en un enorme sótano sin ventanas; las paredes eran de mármol blanco, pero estaban amarillentas; en el techo había un enorme sistema de aire acondicionado, pero no parecía funcionar en ese momento. A un lado, unas cuantas bolsas abiertas y vacías colgaban de un tendedero después de haber pasado por lo que parecía una enorme lavadora industrial, que en ese momento estaba haciendo un centrifugado. Reciclaje postmortem.

También se escuchaba una musiquilla. Algo comercial, tipo Shakira.

Me giré lentamente mientras todas mis vértebras gemían de dolor; un hombre grasiento y enorme, vestido con un mugriento traje verde de plástico, con una máscara transparente y botellas de oxígeno a la espalda, bailoteaba de espaldas a mí. La música salía de su traje, debía de llevar auriculares y un reproductor ahí dentro.

El tipo estaba colocando el cuerpo verdoso de un hombre muerto sobre la parrilla de lo que parecía un incinerador industrial, del cual emanaba un tremendo calor.

—Oye... Eeeh, amigo... —La voz. No reconocía mi propia voz.

Me era completamente extraña.

Un escalofrío me subió por la espalda y me dejó completamente bloqueado. No es que no reconociera mi voz, es que no

sabía quién era; no tenía ni puta idea de mi nombre. Era una hoja en blanco, y no me había dado cuenta hasta ese momento.

Comprenderéis que al despertar en semejante situación es difícil caer en detalles como... tener una vida anterior a todo eso de estar en un crematorio dentro de una bolsa para cadáveres.

¿Quién era yo? Instintivamente me llevé la mano a la cabeza. Iba rapado, y note una extraña protuberancia en la parte trasera, cerca de la nuca...

¿Una cicatriz? ¿Amnesia? Es curioso que supiera perfectamente quien era Shakira, pero no tuviera ni el más mínimo recuerdo de mi vida anterior al momento en que desperté allí.

Y lo más jodido es que la música de Shakira ni siquiera me gustaba. De eso estaba completamente seguro.

Abrí completamente la bolsa. Estaba desnudo. Me observé los brazos; estaban lilas a base de hematomas de pinchazos. ¿Era un yonki?

El tipo gordo, ajeno completamente a mi resurrección, sacó unas tenazas de un cajón y le abrió la boca al muerto de la parrilla. Este emitió un sonoro eructo de gases de descomposición interna.

El gordo no se enteró debido a la música. Estaba inspeccionando el interior de la boca del muerto. Comprendí que buscaba dientes de oro. Y por el sonoro «Oooh» que entonó, había encontrado uno. El sonido de las tenazas maniobrando en la boca de aquel cadáver me revolvió el estómago, y sentí una brutal arcada que me dejó un regusto ácido y ardiente en la garganta.

Me incorporé en la camilla, tal vez demasiado rápido, como si el tipo fuera a girarse y arrancarme los dientes ignorando el hecho de que estuviera vivo. Fue una mala idea, me mareé por el esfuerzo; por un momento creí que iba a caer en la inconsciencia, la vista se me nubló y tuve que volver a tumbarme ante el peligro de caer de boca contra el suelo.

Giré la cara mientras las náuseas arreciaban. ¿Iba a vomitar? No lo sabía. Frente a mí estaba otra de las camillas, en

ella reposaban otras tres bolsas apiladas con sus respectivos ocupantes.

De una de aquellas bolsas salía un pie con una etiqueta: «189». Miré mi propio pie. Allí estaba mi etiqueta con su número: «184». Y un símbolo que identifiqué: Peligro Biológico.

Yo era un peligro biológico.

— SUSANA —

Susana abrió la puerta principal de Icarus sumida en oscuros pensamientos. Era día once, ya estaba en números rojos y la nevera estaba vacía. Tendría que volver a hacer horas extras. Sacó el móvil y abrió el Conectup:

20:58 ¿Sería posible hacer horas la semana que viene?

Velasco Móvil Trabajo:

20:59 ¿Y cuando tienes previsto dormir?

21:00 El banco me quita el sueño.

Velasco Móvil trabajo:

21:01 Ok. Hablaré con recursos.

Que vaya bien el turno.

Pasa la planning cuando la tengas.

En el pasillo de recepción vio acercarse a uno de los doctores del proyecto. Su cara le sonaba de algo; ¿era del turno de mañana? Le hizo un leve gesto de saludo, que él devolvió. Cuando se cruzaron notó un fuerte hedor a cadáver. ¿Era uno de los forenses? No conseguía ubicar esa cara.

Estuvo a punto de decirle algo, pero finalmente no lo hizo. No era un buen día; era su cumple mes, día once, el día que le recordaba aquel momento en que todo se había ido a la mierda. Y no estaba de humor para charlar con nadie.

Siguió su camino y pulsó el botón del ascensor. El cubículo apestaba igual que el doctor. Parecía como si un cerdo muerto se hubiera restregado contra las paredes. Arrugó la nariz.

Al principio de su pesadilla particular, las deudas se amontonaban formando una pelota cada vez más gorda que amenazaba con llevarla a algún cajero automático donde dormir cuando la echaran de casa.

Los números rojos aparecían el once de cada mes, como una broma cruel. Aquel día, el banco le giraba el pago mensual de las deudas que Dani le había dejado en herencia y que un amable empleado había tenido a bien unir en un solo cobro.

Que simpático, Dani; lástima que estuviera muerto.

Dani.

Casi un año tras su muerte, aquel once de octubre, y todavía no sabía cómo reaccionar cuando alguien le hablaba de él. ¿Sonreír indulgente? ¿Afirmar pesarosa? ¿Escupir en su tumba?

El añorado Dani.

Es un shock terrible acomodarte a una vida en pareja, amar la rutina, aceptarla como es, aprender a amar sus cualidades y a menospreciar sus defectos, para después comprobar como la persona con la que vives y a la que crees conocer no es más que la coraza externa de un completo desconocido.

Ella todavía no había salido de ese shock, lo había acorralado en una esquina de su cabeza y lo tenía bajo llave en un baúl de pensamientos negros, y solo le permitía salir a pasear en esas noches en que llovía, y sola en la cama, escuchando algún viejo disco de rock, acosada por el insomnio, podían discutir y bailar un rato alrededor de una fogata de frustración mientras se masturbaba tratando de que Dani no se colara en sus pensamientos.

El ascensor llegó a la planta 10, y por fin pudo respirar un poco: la fetidez desapareció al cerrarse las puertas tras ella.

Entró en el vestuario y, como una broma macabra, apareció de nuevo el hedor, ofendiéndole las fosas nasales. ¿Qué estaba pasando? En el suelo había unas huellas, gelatinosas y sucias, de pies descalzos. ¿Aquel doctor había hecho una autopsia y se había marchado sin ducharse? ¿Qué tipo de enajenado era? Menudo puerco... Ahora que lo pensaba, ni siquiera iba de

calle: llevaba la bata de trabajo. ¿No seguía las directrices de seguridad biológica? ¿Debería llamar a recepción?

Comenzó a cambiarse. Se miró en el espejo de su taquilla. Ojeras. Cansancio. Asco. Pena...

El sonido de un nuevo Conectup la sacó de su ensoñación:

Marta Punki:

21:09 ¿Dónde estás?

21:10 En el vestu.

Marta Punki:

21:12 Ok voy dando el cambio.

Dani había muerto en un accidente de coche en la carretera de la costa, casi llegando a Roses, en compañía de dos reputados traficantes de cocaína.

Y eso que, según le dijo, estaba en la Oficina Central de su empresa, haciendo un «favor» a su jefe: servidores caídos, una Intranet que no funcionaba, un montón de directivos que no podían sentarse a enseñarse unos a otros presentaciones en sus tablets sobre cifras y estadísticas de sus departamentos, todos llenos de nombres largos y grandilocuentes, con muchos «Community Managers» y muchos «Consulting Resources» por medio, mientras se daban palmadas en la espalda y se chupaban las pollas mutuamente viendo lo bien que les iban los negocios.

Un caos empresarial. La locura. Algo divertido que te mueres. O al menos eso le había dicho Dani aquella tarde por el móvil. Al menos eso es lo que ella pensaba. Al menos eso es lo que pasaba en la vida normal y sencilla de la gente relativamente feliz que Susana creía vivir.

Fue la segunda de las putadas que su difunto marido le había dejado a título póstumo. La primera fue su muerte, claro, tan impredecible como brutal.

El impacto le provocó largas noches en blanco observando el techo; igual que cuando follaban, solo que ahora nadie

le proporcionaba orgasmo alguno ni le susurraba cosas ternas al oído.

Curioso que ahora fuera ella la del insomnio. Dani siempre tenía insomnio; habían probado valerianas, calmantes, infusiones. Quizá si hubiera dejado de meterse cuatro gramos de cocaína diarios la cosa habría mejorado... Pero eso ella no lo sabía.

Ella no lo sabía.

Los ojos inyectados en sangre... La nariz enrojecida... Los grumos blancos en la fosa nasal... Pañuelos llenos de sangre... Y ese permanente olor a descomposición...

No lo sabía, y punto.

Aunque fuera enfermera. Aunque trabajara con adictos y los oliera a la legua en el hospital.

No lo sabía y punto.

O sí, y no quería verlo. Con el tiempo había llegado a pensar que el amor la había vuelto ciega y gilipollas.

Rebuscó en la taquilla, y dio con el desodorante que le había regalado su madre y que no usaba nunca porque le irritaba las axilas. Se puso a gasear todo el vestuario. Si aquel doctor era tan cerdo como para dejar aquella peste insufrible, ella no tenía por qué pagarlo. Cuando el espray agotó el gas, tiró el envase a la basura y comenzó a desvestirse.

La policía la interrogó varias veces.

Durmió dos días en comisaría (peligro de fuga, le dijeron, aunque en realidad ella pensaba que lo habían hecho para acojonarla por no colaborar). Una de las veces, una yonki en plan «Venganza Nocturna» se le había cagado encima de la chaqueta mientras dormía, todo por negarse a darle un cigarro.

Cuando quedó libre, había notado que la vigilaban durante un tiempo. Luego, poco a poco, se habían olvidado de ella al comprobar que nunca había entrado en el círculo de gente de su marido.

Seguramente también los habían convencido el banco y los ciento cincuenta mil euros de deuda que Dani le había dejado como «herencia». Y que ella se encargaba de pagar. Alguien tenía que hacerlo, ¿no?

Según le contó el amable director de su sucursal, era un crédito para un negocio inmobiliario que Dani había cargado en la cuenta conjunta que tenían. ¿Qué sabía su marido (un técnico informático) sobre vender y comprar casas? Era algo que aquel tipo no había preguntado, y que al banco, ante un buen aval, le importaba una mierda.

Todos los papeles estaban en regla, incluyendo a una desconocida que había firmado por ella, con su DNI y que, según el director, Dani había presentado como su esposa.

El tipo del banco le dijo que se le parecía mucho. Incluso tenían una grabación en vídeo, desde lejos, un poco borrosa, lo justo para dudar si era ella o cualquier fulana con la que Dani tuviera trato.

Miró de nuevo el suelo. Huellas descalzas. Aquel doctor no se había cambiado. ¿Por qué había dejado huellas descalzas? Era incongruente. ¿Había entrado descalzo? Un escalofrío le recorrió la espalda.

Suspiro y sacó la ropa del trabajo de la taquilla. ¿Por qué volvía a contarse a sí misma esa historia cada día once? ¿Por qué se castigaba de esa manera? Se miró en el espejo de la taquilla: ojos brillantes y acuosos, a punto de desbordar en lágrimas.

— Deja de joderme con esto; déjame olvidarlo, por favor — le dijo a la tipa al otro lado del espejo. Aquella solo le devolvió una sonrisa carente de humor y resignada. Acaba la historia, Susana, todo el mundo merece que le cuenten el final.

Claro que podía meterse en abogados y litigar con el banco, pero... ¿Tenía dinero para ello? ¿La suficiente moral para embarcarse en ese proyecto? ¿Las ganas necesarias para aguantarlo? No. Realmente, lo único que le apetecía aquellos días

negros era desaparecer acompañada de un bol de helado y una ventana donde poner la mirada en fuga. Gracias.

El negocio de Dani era una maleta llena de cocaína. Cuestión de dos días: sacar el dinero, pagar el producto, obtener el beneficio, y meterlo todo de nuevo en el banco. Al fin y al cabo, ella no miraba los extractos de las cuentas, le dejaba todo el papeleo bancario a él. Ella era la parte ciega del trato.

La policía pensaba que alguien se la había jugado a Dani. Este había adelantado solo una parte del dinero con la intención de pagar el resto de la coca con el beneficio de la venta. Ese beneficio nunca llegó. Estaba claro que Dani era la parte gilipollas del trato. Un tonto al que tomar el pelo y que cargara con la culpa.

Quien fuera, se había quedado con la cocaína sin pagarla. Susana recordaba que una semana antes de su muerte, Dani parecía nervioso, fumaba mucho más de lo normal y cualquier comentario parecía irritarlo. Ella lo había achacado al estrés de su trabajo, llevaba meses buscando un ascenso que se resistía, y había tratado de animarlo sin saber nada de lo que realmente preocupaba a su marido.

¿Quieres que te haga una mamada, cariño?

No, gracias, no estoy de humor. Lo dejamos para mañana.

Y ahí es cuando Dani le jodió la vida: el vaciado concienzudo de las dos libretas de ahorro conjuntas, incluyendo el plan de pensiones, la dejó de un plumazo en la absoluta miseria.

¿Trató de huir? ¿Dejarla a ella con aquel marrón? ¿Pagar a plazos? Ni idea...

Lo que sí sabía es que lo habían pillado. El viaje a la costa parecía un «último paseo», y cuando se dio cuenta de que iban a matarlo, Dani había iniciado una pelea dentro del coche, que acabó estrellado en el fondo de un rompeolas veinte metros por debajo de la carretera. Un lugar de acceso difícil donde los pescadores de la zona solían buscar cangrejos.

Encontraron el coche a la mañana siguiente.

Se lavó la cara, se puso el uniforme, salió y cerró la puerta del vestuario. Observó que al final del pasillo había un fluorescente que parpadeaba. Un débil zumbido indicaba que estaba

agonizando. Tomó nota mental de llamar a Antoni y comentárselo, y se encaminó al office de enfermeras.

Según le dijo la policía, a su marido lo habían acribillado a tiros segundos antes del accidente. Seguramente ya estaba muerto antes del impacto contra las rocas.

Ese «seguramente» había quitado el sueño a Susana durante días.

Podía odiar al Dani extraño que le había arruinado la vida, pero no al Dani cariñoso que jamás le había puesto la mano encima. Aquel que la llevaba sonriendo al cine cada vez que estrenaban una de Disney, a pesar de que las odiaba...

Ese Dani, herido de bala metido en un coche, agonizando en medio de una marea helada que subía, tragando agua marina mezclada con sangre, tratando de respirarla, quemándose los pulmones, atrapado en un amasijo de hierros... No, Dani murió en el acto. Ese policía se lo había dicho... Seguramente.

En el office de enfermeras tenían un despacho con un ordenador donde se procesaban los informes de la planta, y donde las compañeras veteranas se pasaban horas jugando al solitario y las nuevas revisando compulsivamente una y otra vez sus perfiles de Facebook y Twitter. Susana abrió la puerta.

—¿Gloria? ¿Nati? —Desde la puerta vio que no había nadie.

Salió de nuevo al pasillo; vio que había una puerta abierta, la del número 197. Tragó saliva. Sin saber por qué, pensó en las huellas gelatinosas del vestuario. Levantó la mirada: el led de control que había sobre la puerta estaba en verde. La habitación estaba descontaminada. Respiró más tranquila.

—¿Gloria?

Un ruido a su izquierda, una cisterna corriendo agua, y la puerta del lavabo que se abrió de golpe.

Susana se sobresaltó. Al girarse, vio a Marta subiéndose los pantalones y mirándola divertida.

—Qué pestazo. —Movía las manos aireando el retrete—. Ven, ven aquí, prueba un poco de esto... —Le hacía gestos de que se acercase—. He estado a punto de hacerle una foto con el móvil para que la vieras. Casi ha sido un parto.

Susana sonrió y se alejó un poco.

—¿No puedes cagar en tu casa?

—¡Qué dices! Si aquí tengo un lavabo que parece el de un palacio... ¡Mármol nuevo! ¡Hay que castigar esta porcelana!

Marta, que señalaba insistentemente el interior del lavabo, era su compañera del turno de noche. Una chica de veinticinco años que tenía el pelo teñido de rojo chillón y que, cuando salía de trabajar, se ponía una docena de piercings distribuidos por todo el cuerpo. Un cuerpo acostumbrado a cenar en Burger King y a comer en Pizza Domino's.

—¿Dónde están Gloria y Nati? —Susana miraba en dirección al pasillo.

—Les he dado el cambio y se han largado, seguro que os habéis cruzado en los ascensores.

—Mierda. —Susana se dio una palmada en la frente—. Velasco quería el planning de esta semana.

—No te preocupes. —Marta cogió la cafetera y tras olerla vació el contenido en el fregadero—. Luego lo subimos y lo dejamos en su cajón. —Comenzó a rellenar la cafetera—. ¿Has visto la peli esa de los muertos vivientes?, la nueva que han estrenado, se llama... *El Amanecer de la Muerte 2*; fui con Ricky a verla el otro día y es la hostia.

—No, no me gusta mucho el cine de terror. —Susana comenzó a revisar el cambio de turno, las anotaciones que habían dejado las enfermeras de la tarde sobre el estado de los pacientes—. ¿Qué le pasa al 195?

—Tenía unas décimas de fiebre... Pues la peli es una pasada; la protagonista es una enfermera, no veas la tía, es como un Terminator pero en rubia, ¿sabes lo que te quiero decir? Va de una gente que están atrapados en un hotel, y fuera hay un montón de muertos y...

— ¿Y al final muere?

— Joder tía, eso no te lo voy a decir, le quita la emoción a la película.

— De todas formas, no la voy a ver... ¿Seguimos? Al 195, ¿le han puesto alguna medicación para el resfriado?

Marta la miró de arriba a abajo con una cara de fingido desprecio.

— Eres un chocho rancio. — Puso la cafetera en la máquina y rellenó de agua el depósito, después colocó dos tazas debajo—. No, no le han puesto nada, está con... — Cogió un papel que estaba pegado con celo a un armario—. Está con un protocolo de nivel rojo, no podemos administrar nada sin consultarlo con Marcos.

— ¿El nuevo?

— Sí.

— ¿Y porque no le has llamado? Es simpático.

— Porque yo acabo de llegar, igual que tú. ¿Sabes?, a Gloria y Nati se les ha muerto el de la 197 a última hora de la tarde y han estado liadas arreglándolo y quitándole la mierda, creo que han hecho el papeleo y lo han llevado a la 11, ni se habrán acordado de la fiebre.

— ¿Se ha muerto Paquito? Por eso está su puerta abierta.

— Sí. Echaremos de menos esos enormes zurullos descompuestos que nos dejaba cada noche.

— Los que vienen hepáticos terminales no soportan bien la medicación.

— Esa medicación los destroza por dentro; será muy buena para el coco, pero el hígado se lo come con patatas...

— Yo estoy haciendo un informe sobre este tema para dárselo a Velasco y...

— Te lo follas, ¿verdad? — Marta fingía ser una dama ofendida—. Te estas follando a ese vejestorio...

— No seas cerda, es el jefe...

— Tienes mucha confianza con él.

— Es... — Susana se dio cuenta de que estaba a punto de decir algo que igual no era del agrado de Marta—. Es amigo de mi padre.

—Entonces... Es enchufe... —Marta puso cara de haber averiguado un gran secreto inconfesable—. Es enchufe... Y él te la enchufa... Y tú se la chupas. Confiesa.

Susana se echó a reír.

—Va, no seas payasa; acabamos con esto y luego nos tomamos el café. —Susana siguió revisando el informe de cambio de turno—. Todo parece normal.

—No esperarás que alguno de estos se levante y baile, ¿no?

Susana dejó el informe encima de la mesa y vio una revista que no había leído; estaba encima de los paneles de control. En la portada salía un príncipe de Inglaterra, al parecer los fotógrafos lo habían pillado en un estado lamentable y disfrazado de Godzilla dentro de una discoteca en Colombia.

Parecía una buena lectura para empezar el turno.

—¿Cuántos han salido hoy? —Era mucho más fácil hablar de salidas que de pacientes muertos.

Marta miró el croquis de habitaciones.

—Solo dos, Paquito y... el 184.

La revista cayó al suelo.

Susana recordó de repente de donde le sonaba la cara del doctor apestoso.

— ALGUIEN —

Intenté mover los dedos de los pies, noté las piernas flojas, carentes de fuerza para sostenerme; me apoyé de nuevo en el lateral de la camilla y traté de centrarme. No podía caer inconsciente, no quería desmayarme y despertar dentro del horno con la boca destrozada y sangrante si daba la fatal casualidad de que tenía muelas de oro.

Aquel pensamiento me disparó la adrenalina, y conseguí insuflar suficiente fuerza a mis piernas para levantarme y mantenerme en pie agarrado a la camilla.

El estómago me daba vueltas; era extraño, una mezcla de náusea y hambre atroz. No sabía quién era, pero sabía que en una calle junto a la plaza de la Catedral había un puesto de Donner Kebap que hacía unos durums de pollo con queso que estaban deliciosos. No podía sacarme esa imagen de la cabeza. El crujir del pollo tostado fundido con la salsa agria y compactado alrededor de la torta de harina... Se me hacía la boca agua y a la vez estaba a punto de vomitar.

¡Oh, que dolor de cabeza!

Respiré hondo, fijé la vista en un punto y esperé unos interminables segundos.

Esto debía ser un hospital o algo parecido, seguro. Y ¿por qué era yo un peligro biológico?

Me observé de nuevo: tenía una herida profunda en el brazo izquierdo; parecía una quemadura, curada, y la piel nueva era muy suave, reciente. Un poco más arriba descubrí un tatuaje en el hombro, con forma de mano, llevaba unos grabados extraños dentro y debajo una palabra: «SUERTE».

Sonreí involuntariamente; me gustaba ese tatuaje.

Levanté la mirada. A mi derecha había una puerta.

Respiré hondo de nuevo y el mundo siguió quieto al soltarme de la camilla. Poco a poco, tambaleándome, me acerqué a la puerta. No estaba cerrada.

Al otro lado había una enorme cabina de ducha y otra puerta; instintivamente estuve a punto de tirar de la cadena que disparaba el agua del techo. Apestaba y sentía mi piel febril y caliente, y una ducha refrescante era lo que me pedía el cuerpo. Pero justo antes me fijé en el cartel amarillo de peligro y las instrucciones de uso del baño.

Aquello no era una ducha corriente: el agua salía a más de cincuenta grados y mezclada con productos tóxicos de descontaminación que podían abrasar la piel humana. Se especificaba que debía usarse durante no más de cinco segundos... y siempre con el traje puesto. Con cuidado solté el cable y abrí la siguiente puerta.

Al otro lado vislumbré unas diminutas escaleras que subían.

Me giré un instante hacia el fan de Shakira. ¿Debía decirle algo? Pero al oír el crujido de las tenazas sobre otro diente del fallecido volvieron las náuseas, y decidí ignorarlo.

Abrí un poco la puerta y asomé la cabeza. Pegado a la puerta había una especie de buzón, y dentro de este había un puñado de hojas. Las cogí.

No entendía nada, parecían informes sobre análisis y medicaciones con nombres raros. En el encabezado, un único dato: números.

Descarté todos excepto uno: paciente n°184.

Yo era el señor 184.

Tenía muchas preguntas en la cabeza, demasiadas dudas sobre mí. ¿Y si era peligroso?

Y de repente, aquella voz en mi cabeza. El zumbido ensordecedor y un pensamiento claro y rotundo invadiendo cada rincón de mi cráneo:

Joder, el cabrón ya tenía que estar muerto hace media hora. ¿Cómo coño aguanta tanto?

Yo no había pensado eso, me sentía violado. Alguien *habla* en mis pensamientos. Era una mujer, estaba cerca y

estaba esperando que muriera alguien. Lo deseaba con anhelo y frustración.

Seguí recibiendo alguna cosa más, inconexa, entrecortada, pero solo eran emociones, una sensación de asco, de odio, de impaciencia.

Y de nuevo la nada.

Era como una desconexión, como perder la cobertura del móvil mientras hablas. Todo a la vez. Dentro de mi cabeza.

Volví a sentirme débil; el estómago me rugía impaciente.

Subí las escaleras hasta llegar a un pasillo; encajé la puerta que daba a las escaleras sin cerrarla, no quería hacer ruido por si aquella mujer de mi cabeza lo escuchaba.

El suelo estaba frío, el cambio de temperatura era brutal; allí había aire acondicionado y yo estaba desnudo y empapado en sudor y gelatina descompuesta que comenzaba a enfriarse.

Avancé lentamente. Los pies apenas me sostenían. A mi derecha, había habitaciones; al final, una pared con un extintor. A la izquierda, mas habitaciones, pero al fondo había tres ascensores y cuatro puertas que no eran iguales a las demás. Una de ellas estaba completamente abierta; allí había alguien, se oía movimiento y charlas en voz baja.

Avancé por el pasillo.

Joder, me quiero ir a cenar con Luis YA, y como se muera ahora me va a joder el cambio de turno, tenía que haberle metido el cóctel a mediodía...

Caí fulminado de rodillas al volver a sentir la ráfaga de pensamientos, me apoyé en la pared entre nauseas; eran como caramelo derretido sobre mi cerebro. Comencé a temblar de miedo, sufrí arcadas de asco al notar las sensaciones que comprendía aquella voz de mujer. Un hilo de baba caía de mi boca al suelo, incontrolable.

Quería gritarle: «Haz el favor de callarte, me va a explotar la puta cabeza».

... ¿Y esta luz? ¡Joder! Será HIJO DE PUTA, ¡¡PUES NO VA EL PUTO VIEJO Y SE MUERE AHORA!!

No entendía su pensamiento, estaba lleno de tensión y fastidio.

¿Quién se estaba muriendo? ¿De qué luz hablaba?

De nuevo la desconexión. Me pegué a la pared y me asomé a una de las puertas: allí había un viejo, de unos sesenta años, en una camilla, atado boca abajo y conectado a una máquina por un sinfín de cables que le salían del brazo. También estaba completamente rapado, tenía algo tatuado en la nuca, y una tenue neblina blanca le cubría todo el cuerpo.

Sin hacer ruido me acerqué a la siguiente puerta y también me asomé; un débil gemido se escapó de mis labios. Allí había un chico, apenas un chaval; también estaba atado y parecía dormido. Le faltaba un brazo, estaba envuelto en una neblina blancuzca mucho más grande que la del anciano... y sobre su cuerpo había cuatro enormes... No sé cómo describirlo; eran una especie de arañas de energía.

Su materia física era un horror deforme e imposible. Como una vieja televisión sin ningún canal sintonizado. Aquellas cosas parecían sorber la neblina, caminaban por la espalda del chico sin que él se diera cuenta, se movían a mucha velocidad y paraban en seco, y poco a poco aquella niebla iba perdiendo densidad y color. Se estaban nutriendo de ella. Los tentáculos parecían absorberla y depositarla en una especie de bolsa situada en su lomo, que se iba hinchando como un globo. Las supurantes antenas rastreaban el cuerpo en busca de mejores zonas donde succionar.

No pude continuar mirando.

Llegué junto a la puerta abierta sin mirar en ninguna otra habitación. Me situé pegado a ella, justo para sentir de nuevo un acceso de náuseas y mareos que me dejó allí, temblando e indefenso, mientras dentro de la sala, ignorantes de mi existencia, dos mujeres hablaban:

—Nati, ¿qué vas a hacer esta noche?

—Bueno... —Un escalofrío. ESA era la voz de mi cabeza—. He quedado con Luis para ir al cine y a cenar... (*Y no quiero llegar tarde por un viejo cagón*).

—La verdad es que Luis es muy mono...

—Y está forrado, nena. —Lo decía con humor y picardía, como si bromeara, pero su pensamiento era una piedra dura y

negra —. Tiene un Audi, y una casa en Pedralbes, en la Avenida Pearson, ¿sabes? Los que viven en esa calle son gente de altos vuelos. (*Y si me retira de esta mierda mucho mejor*).

— Hablando de eso, ¿y qué tal anda de altos vuelos?

— ¿A qué te refieres? — La voz era de complicidad, el pensamiento no; el pensamiento era correoso y repugnante. (*La tiene del tamaño de un cacahuete, pero eso no es algo que te vaya a contar a ti, foca*).

— ¿Está bien dotado?

— ¡Uy! No me puedo quejar. (*Que el ponga la pasta y yo ya encontraré una buena polla cuando la necesite, no te preocupes*).

— ¿Quieres café?

— Sí.

Noté que su interés se centraba en otra cosa y volví a perder la conexión. Aproveché el momento y pasé por delante de la puerta. No pude evitar echar un vistazo.

Y casi suelto un grito de terror.

Allí había dos mujeres. Una estaba limpiando dos tazas en un pequeño lavamanos; tenía aquella neblina envolviéndola, de un color amarillo, parecido a un gas, llena de pequeños destellos eléctricos y mucho más densa que la de los pacientes de las habitaciones.

La otra estaba observando a su compañera mientras fregaba. Estaba nerviosa y se mordía las uñas, pero apenas podía verle la cara. Estaba envuelta en una cosa negra, un humo infecto que se movía a su alrededor; en esa niebla se adivinaban rostros inhumanos que se formaban y desaparecían a una velocidad increíble, y parecían mirarme, parecían saber que yo podía verlos, y trataban de decirme algo.

Me mordí los nudillos hasta hacerme sangre, para no gritar. Estaba petrificado allí. Si cualquiera de las dos se hubiera girado en ese momento, me habría visto en la puerta.

Vale: yo estaba loco, seguro. Cada vez estaba más convencido de eso. Era alguien peligroso, pero no podía quedarme allí; aquellas arañas, esa enfermera, el tipo que arrancaba dientes... No quería que me tocaran, ninguno, no podía dejar que aquellas patas, aquellos tentáculos me rozaran, que ese

humo estuviera cerca de mí; no podía permitirlo, aunque no fueran reales... Eso no.

Debía salir de allí.

Aquella horrible mujer levantó disimuladamente una revista que había sobre un panel. Miraba de reojo a su compañera, asegurándose de que esta no viera lo que hacía ni como observaba con cara de enfado una luz parpadeante oculta por la revista. Escupió un trozo de uña contra el panel, con rabia.

El pensamiento me llegó nítidamente:

¡MIERDA! Si me voy con este pollo aquí montado, mañana estoy en la calle; habrá que apañar al viejo.

Aquello me sacó del trance.

Me aparté justo cuando levantaba la mirada.

— ¡Gloria, al 197 le pasa algo!

— ¿Por qué no suena?

— He apagado el altavoz porque me duele la cabeza, pero la luz está en rojo.

— ¡Cómo se te ocurre apagar el altavoz! ¿Estas tonta o qué?

— Gloria suspiró con fastidio mientras comenzaba a empujar el carro hacia el pasillo.

— Me dolía la cabeza —murmuró Nati entre dientes—. Estaba atenta, controlando las luces, ¿no? No pasa nada. (*Encima la vieja esta se va a poner a sermonearme, solo me falta eso*).

— ¿No pasa nada? Vamos para allá, joder. Y ayúdame a empujar el carro.

— Menudo gilipollas, se tenía que morir a última hora. ¿No se pueden encargar Susana y Marta?

— No seas perra, Nati, que te pagan por esto. Ya entro yo, pero tú llevas el carro y descontaminas la habitación.

La mujer que se llamaba Gloria salió al pasillo. Se paró ante un armario y cogió un traje de contención biológica idéntico al que tenía el tipo gordo del sótano.

MIERDA, MIERDA, MIERDA Luis ODIA que llegue tarde, luego siempre está de mal humor... Y seguro que quiere que se la chupe... A mí me da asco, su semen huele a fuet...

El pensamiento se cortó e instintivamente entré por la siguiente puerta a la vez que ellas salían del despacho. Era un

vestuario, allí había batas y trajes de médico. Con extremo cuidado encajé la puerta, y me quedé allí de pie, en la oscuridad. Desnudo.

Voces en el pasillo:

— Está frito, no hay nada que hacer; traigo la hoja de defunción y...

Que le jodan.

— Nati, espera; no te escaquees y ayúdame a limpiarlo, se ha cagado hasta los sobacos. Hay que descontaminar la habitación y bajarlo al sótano. Ponte también un traje, que aquí hay faena.

— Sabes que odio limpiar mierda, eso es cosa de auxiliares y ese gordo de abajo... Es un guarro.

— ¿Qué te piensas, que a mí me gusta la mierda? — La voz de la mujer mayor denotaba que comenzaba a estar harta de tanta queja —. Es lo que hay. Si no te interesa pides un cambio... O dejas el curro, que siempre estas quejándote, coño.

Se ntí una ola de humillación, ira contenida y vergüenza.

Sonreí, se lo merecía.

De repente, un olor, como a carne quemada.

— ¿Tienes un cigarro?

Una voz áspera y seca me hablaba desde un rincón de aquel oscuro vestuario.

Me quedé petrificado, allí no había nadie un segundo antes, y la oscuridad total me impedía saber de dónde había salido aquella voz.

Poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la penumbra y pude distinguir que allí había unos bancos, y taquillas, y justo en la esquina, algo, un bulto acurrucado que se movía ligeramente envuelto en una insana luz amarillenta.

— Hace frío, podríamos mirar de encender un fuego. ¿No crees, Miguel?

Tragué saliva; cada vez vislumbraba mejor a aquella persona, allí, sentada, apoyada contra la pared y vestida con un enorme abrigo quemado. Su rostro ennegrecido por el hollín estaba brutalmente deformado, y no tenía ojos. Unas cuencas vacías parecían lanzar ciegas miradas alrededor, la

nariz había chorreado como grasa caliente hasta fundirse con los labios, y la carne de la mandíbula, negra como un tizón y abrasada, se había desprendido y dejado a la vista el hueso pelado.

Estaba hablando, pero no conmigo...

—Ya sé que no hay salida para el humo, joder, pero tengo los dedos lilas. ¿Los ves? Si al menos me dieras un trago de... No seas avaricioso. —Mostraba sus dedos hacía la izquierda, una mano completamente carbonizada—. Podríamos vigilarlo... Hacer turnos... Si quieres puedes dormirte, yo...

Se quedó quieto, murmurando algo en voz baja; la ansiedad y el remordimiento se notaban en su voz.

—Puedes dormirte, que yo lo vigilo, tranquilo. —Comenzó a sollozar—. Yo estaré aquí, vigilando...

Comenzó a balancearse, murmurando palabras sin sentido, cada vez más lentamente, hasta quedarse totalmente quieto; parecía dormido.

Sin perderlo de vista me acerqué a la taquilla que tenía más cerca. Mi cuerpo se convulsionaba de frío y de miedo. Cogí un mono verde de médico que estaba colgado dentro, una bata y unas zapatillas blancas y comencé a vestirme. Dejé el informe 184 que había cogido en el bolsillo de la bata, donde encontré una tarjeta de acceso.

Al investigar en la taquilla encontré una cartera con varios billetes de cincuenta euros; dejé la cartera dentro de la taquilla, pero me guardé el dinero en el bolsillo, junto al informe.

Cuando levanté la mirada, el mendigo estaba a pocos centímetros de mí, con un mechero entre los dedos a la altura de la cara. Al observarlo encendió el mechero, y uno de los dedos se le deshizo como papel quemado y cayó al suelo. Una sonrisa estúpida y cruel surgió en su rostro mientras la carne se rompía al intentar abrir de nuevo sus sellados labios.

—¿Quieres fuego?

Ahugué un grito un terror al notar su pestilente aliento, y cerré los ojos.

Al volver a abrirlos, ya no había nadie.

El olor había desaparecido.

Oí como las enfermeras sacaban la camilla del fallecido 197 al pasillo.

— Ya he sellado la bolsa. Vete llamando al ascensor, y coge el impreso de defunción mientras me quito el traje.

— Vale.

Ruido al llevar la camilla hasta el ascensor, y de nuevo sensaciones en mi cabeza: odio, ira, frustración...

Me concentré en cerrar aquel grifo de sensaciones ajenas que me invadían. De repente, noté algo en mi interior. Como una diminuta explosión en mi frente, que se liberó por mi nariz. Los labios y la barbilla se me empaparon de sangre, y todas las sensaciones extras que notaba desaparecieron de golpe.

Respiré aliviado.

— ¿Lo tienes ya? — La voz de aquella horrible enfermera, acuciante, taladrándome. (*Venga, date prisa, coño. Que llego tarde, joder con la puta vieja esta*).

— Sí, sí.

— Pues vamos, que llego tarde; el traje me hace sudar y ahora tendré que ducharme y...

La puerta del ascensor se cerró.

Y me quedé allí solo.

Vi un cesto de ropa sucia lleno de toallas húmedas. Usé una para limpiarme de la cara la sangre que me había chorreado de la nariz.

Salí y observé el pasillo. El silencio era total. Miré los ascensores; el indicador de uno de ellos parpadeaba con un número 11 en rojo.

Los otros estaban parados en distintas plantas.

Pulsé el botón de llamada del ascensor central, que estaba en la tercera planta. No funcionó, aquello no se movía. Junto al botón de llamada había una célula fotoeléctrica de color rojo. Recordé la tarjeta de acceso en el bolsillo de la bata, la saqué y la pasé junto a la célula, que se iluminó en verde en ese momento. Volví a llamar, y silenciosamente, los números comenzaron a subir: 4, 5, 6...

Un leve zumbido me decía que ya no estaba solo... Había algo detrás de mí.

Me giré violentamente. Tenía la garganta reseca e inflamada; traté de tragar, pero solo conseguí una punzada de dolor. Una de aquellas arañas-parasito apareció en el techo al final del pasillo, boca abajo, y comenzó a mover sus antenas, anhelantes, buscando algo. YO. Fue arrastrándose lentamente, avanzando hacia mí; al pasar a través del fluorescente, este comenzó a parpadear.

Aquello no parecía una alucinación. Para mí era muy real.

Me giré. Las manos me temblaban violentamente. Pulsé varias veces el botón de llamada. Al mirar por encima del hombro comprobé que la araña estaba a medio pasillo de mí.

¡PING!

Las puertas se abrieron. Entré sin pensarlo.

El ascensor relucía; estaba completamente forrado de espejos, excepto en el suelo. Observé el panel de control; era extraño, la planta cero era la que estaba arriba del todo, y el resto iban descendiendo hasta el once. Había una ranura para introducir una llave y subir a un piso por encima del cero.

Pulsé el cero. Se cerraron las puertas y perdí de vista a aquella criatura de pesadilla.

El ascensor comenzó a subir.

Me observé en el espejo. Debía de tener unos veinticinco o treinta años. Tenía la nariz un poco chafada, como de boxeador; tenía cicatrices en la barbilla y por toda la mandíbula, y la cabeza estaba surcada por una enorme brecha. La toqué; había una parte ligeramente hundida, y noté un trozo de metal bajo la piel.

Tenía la cabeza completamente afeitada; no solo el pelo y la barba, también las cejas, aunque ahora se veía una sombra de crecimiento en ellas. Me abrí los pantalones... Hasta ese momento no me había fijado en que también tenía los huevos afeitados, y el pecho, y las piernas.

Qué raro era todo.

Entonces recordé algo, y al observar el reflejo de los cristales contrapuestos lo encontré. Allí estaba el tatuaje, y el código de barras.

184.

Un simple número en la base de la nuca, junto a un código de barras.

Las puertas se abrieron.

Salí a lo que parecía el hall de un hotel; había una recepción y un señor que leía un periódico. Al final del pasillo, una puerta, una SALIDA. El hombre ni siquiera me miraba. Antes de la salida había una puerta de seguridad giratoria. Mi corazón se aceleró al sentirme atrapado, pero allí, junto a la puerta, estaba de nuevo la célula roja de acceso. Solté el aire acumulado en mis pulmones, pasé de nuevo la tarjeta y me encontré a escasos dos metros de la salida.

Una mujer entró en ese momento; era bonita y parecía absorta en sus propios pensamientos.

Comencé a andar lentamente, tratando de no hacer ruido. Ella me miró un segundo y me saludó; yo levanté la mano nervioso, sin detenerme, y ella siguió su camino, tras pasar la puerta de seguridad, hasta los ascensores. No me atreví a volver la vista atrás.

— Buenas noches, doctor. — Me sobresalté, pero el recepcionista continuaba sin mirarme, absorto en los resultados deportivos.

Traté de decir algo pero no pude, así que le hice un gesto con la mano y continué andando. Abrí la puerta y salí fuera del edificio.